

CUATRO

*No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.
No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.*

El horror hace que abra los ojos violentamente.

Tengo el cuerpo empapado en sudor frío, y mi cerebro nada en inolvidables olas de dolor. Mis ojos se asientan en círculos de negrura que se disuelven en la oscuridad. No sé cuánto rato he dormido. No sé si he asustado a mi compañero de celda con mis sueños. A veces grito en voz alta.

Adam me está mirando fijamente.

Respiro con dificultad y me las arreglo para ponerme en pie. Me envuelvo más con las mantas sólo para darme cuenta de que le he robado su única forma de conservar el calor. No se me había ocurrido que tal vez tenía tanto frío como yo. Estoy tiritando pero su cuerpo parece inquebrantable en la noche, la forma de su silueta firme contra el fondo negro. ~~No sé qué decir.~~ No hay nada que decir.

—Aquí nunca dejan de gritar, ¿no?

~~Los gritos son sólo el principio.~~

—No —murmuro casi en silencio. Me sonrojo levemente y me alegro que sea demasiado oscuro como para que se dé cuenta. Seguro que ha oído mis gritos.

A veces desearía no tener que dormir. A veces pienso que si me quedo muy, muy quieta, si no me muevo en absoluto, todo cambiará. Pienso que si puedo congelarme podré congelar mi dolor. A veces no me muevo durante horas. No me muevo ni un centímetro.

Si el tiempo se detiene nada puede ir mal.

—¿Estás bien? —La voz de Adam suena preocupada. Analizo sus puños cerrados a los lados, su ceño fruncido, la tensión de su mandíbula. La persona que me robó la cama y la manta es la misma que se quedó sin ellas esta noche. Tan arrogante y despreocupado hace pocas horas, tan cuidadoso y callado ahora. Me asusta que este sitio lo haya destrozado tan rápido. Me pregunto qué ha oído mientras dormía.

Me gustaría poder ahorrarle el sufrimiento.

Algo se hace pedazos; se oye un lamento tormentoso en la distancia. Las habitaciones están enterradas en hormigón, las paredes son más gruesas que los suelos y techos juntos para evitar que los sonidos huyan. Si se distingue el ruido de la agonía, es que debe ser insoportable. Todas las noches hay sonidos que no se oyen. Todas las noches me pregunto si seré la siguiente.

—Tú no estás loca.

Levanto la mirada. Tiene la cabeza ladeada, los ojos fijos y cristalinos a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Respira profundamente.

—Pensaba que todos estabais locos aquí —prosigue—. Pensaba que me habían encerrado con una psicópata.

Tomo una gran bocanada de oxígeno.

—Es gracioso. Yo también.

1

2

3 segundos.

Esboza una sonrisa tan amplia, tan divertida, tan refrescante y sincera que es como el estallido de un trueno en mi cuerpo. Algo me pincha los ojos y me rompe las rodillas. No he visto una sonrisa en 265 días.

Adam está de pie.

Le ofrezco su manta.

Sólo la toma para envolverla más firmemente alrededor de mi cuerpo y de repente algo constriñe mi pecho. Mis pulmones están ensartados y perforados y justo cuando decido no moverme durante una eternidad él habla.

—¿Qué pasa?

~~Mis padres dejaron de tocarme cuando empecé a gatear. He hecho llorar a compañeros de clase sólo con darles la mano. Los profesores me hacían estudiar sola para que no hiciera daño a los demás niños. Nunca he tenido un amigo. Nunca he conocido el abrazo de una madre. Nunca he sentido la ternura del beso de un padre. No estoy loca.~~

—Nada.

Cinco segundos más.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

~~Sería maravilloso.~~

—No. —Vuelvo a mirar fijamente hacia la pared.

Tensa y relaja la mandíbula. Se pasa una mano por el pelo y entonces me doy cuenta de que no lleva camiseta. Esta habitación es tan oscura que sólo puedo percibir las curvas y el contorno de su silueta; la luna sólo tiene una pequeña ventana para iluminar la estancia pero observo cómo los músculos de sus brazos se contraen con cada movimiento y de repente estoy ardiendo. Las llamas lamen mi piel y una explosión de calor me araña el estómago. Cada centímetro de su cuerpo está repleto de poder, todas las superficies están iluminadas de alguna forma en la oscuridad. No he visto nada como él en diecisiete años. Nunca he hablado con un chico de mi edad en diecisiete años. ~~Porque soy un monstruo.~~

Cierro los ojos hasta coserlos.

Oigo el crujido de su cama, el gemido de los muelles al sentarse. Descoso mis ojos y examino el suelo. —Debes estar helándote.

—No. —Un suspiro fuerte—. En realidad estoy ardiendo.

Me pongo de pie tan rápido que las mantas se caen al suelo.

—¿Estás enfermo? —Mis ojos escanean su rostro en busca de signos de fiebre pero no me atrevo a acercarme ni un centímetro—. ¿Estás mareado? ¿Te duelen las articulaciones? —Trato de recordar mis propios síntomas. Mi cuerpo me encadenó a la cama durante una semana. Sólo podía gatear hacia la puerta y caer de bruces sobre la comida. No sé cómo logré sobrevivir.

—¿Cómo te llamas?

Ya me ha preguntado lo mismo tres veces.

—Quizás te has puesto enfermo. —Es lo único que consigo decirle.

—No estoy enfermo. Sólo tengo calor. No suelo dormir con ropa.

En mi estómago se encienden mariposas. Una inexplicable humillación me abrasa la carne. No sé hacia dónde mirar.

Respira profundamente.

—Ayer me comporté como un capullo. Te traté como una mierda y lo siento. No debería haberlo hecho.

Me atrevo a mirarlo a los ojos.

Tiene los ojos del tono perfecto del cobalto, azules como un moratón que florece, cristalinos, profundos y decididos. Tiene la mandíbula marcada y los rasgos tallados en una expresión cuidada. Lleva toda la noche pensando en eso.

—Vale.

—¿Entonces por qué no me dices cómo te llamas? —Se inclina hacia delante y me quedo helada.

Me descongelo.

Me derrito.

—Juliette —murmuro—. Me llamo Juliette.

Suaviza los labios con una sonrisa que parte en dos mi columna vertebral. Repite mi nombre como si le divirtiera. Como si le entretuviera. Le deleitara.

~~En diecisiete años nadie ha pronunciado así mi nombre.~~